

Mulier bona dicendi perita

Recuerdos con Charo

Jorge López Lloret
Universidad de Sevilla

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.08

Conocí a la profesora Rosario García del Pozo...

Bueno, como desde el primer día nos pidió que la llamáramos Charo, respetaré gustosamente su voluntad.

Conocí a Charo el año 1989, cuando yo había empezado a cursar el primer año de la licenciatura de Filosofía. Charo se encargaba de impartir la asignatura “Introducción a la Filosofía” en el turno de tarde. Puesto que éramos un grupo poco numeroso, apenas siete personas, no solo gozamos de su conocimiento, sino también de su proximidad y afecto, aunque estoy seguro de que hubiera sido lo mismo de haber sido más los compañeros. Posteriormente, fui de nuevo alumno suyo durante el curso 1993/1994, cuando asistí a sus clases de “Historia de la Filosofía del siglo XX” (igualmente íntimas y personales), y el año siguiente, cuando algunos tuvimos la ocasión de aprender disfrutando de su asignatura de doctorado “Las ciencias humanas en el análisis filosófico de Michel Foucault: estructuralismo y arqueología. *Las palabras y las cosas*”. Esto fue en su despacho, entre una vitrina hegeliana, repleta de búhos y lechuzas, y una pared completamente cubierta por filósofos. Allí estaban todos. Y todas. Y allí estaba ella, con sus grandes gafas oscuras y su pañuelo al cuello, aunque de esto hablará con más detalle mi compañero José Ordóñez.

Cuando llega el momento en el que hace mucho tiempo de casi todo, los años de estudiante se recuerdan con cierta melancolía, especialmente cuando las personas que nos guiaron ya no están con nosotros y nos dejan, en parte, intelectualmente huérfanos. El recuerdo de que entonces, gracias a quienes nos

guiaban, se abría de repente ante nosotros un futuro que poco a poco, al enredarnos en las trampas de las estructuras y los recuerdos estructurados, hemos ido cerrando, y la evidencia de que fuimos alguna vez jóvenes que prometían que se han metamorfoseado en adultos que prometieron, tienen algo de triste y no quisiera que ese fuera el tono de mi tributo a Charo. Comenzaré, por eso, con la anécdota más divertida de mis años universitarios, pues sucedió con Charo durante el primero de ellos. Los siete condiscípulos presentes en la ocasión, según hemos podido hablar posteriormente, coincidimos en valorarlo como uno de los recuerdos más jocosos y, aunque no lo parezca, fructíferos de aquellos cinco años de nuestra juventud.

Charo impartía, como dije, “Introducción a la Filosofía”. A lo largo de ese curso nos habló de una serie de autores que desconocíamos en ese momento (autores de los que, dicho sea de paso, nada volvimos a oír hasta que, cuatro años después, ella volvió a ser nuestra profesora; en este caso, era una asignatura optativa). Entre estos autores estaba Claude de Lévi-Strauss. Charo nos habló de *Las estructuras elementales del parentesco* y de la *Antropología estructural*. Uno de los temas en los que se demoró fue, concretamente, el tabú universal de la “prohibición del incesto”, aquel que dice que se ha de buscar la pareja reproductiva fuera del círculo familiar inmediato.

Charo hablaba con ese elegante deje sevillano que consiste en sesear, es decir, pronunciar la *z* y la *c* como *s* delante de una *e* o de una *i*. Así que, dicho por ella, el tabú sonaba como “*prohibisión del inesto*”. Debido a la aceleración del habla que, como bien sabemos los docentes, se produce en ocasiones al dar clase, no por el ansia de acabar, sino por el entusiasmo de enseñar, Charo acortaba la primera palabra, así que el tabú sonaba, en realidad, como “*probisión del inesto*”.

Entre los alumnos asistentes había un compañero, Francisco (al que Charo llamaba “*Fransisco*”), que venía diariamente de Medina Sidonia. Francisco no entendía nada de lo que Charo decía y se lo hizo saber. Francisco, por otra parte, hablaba con el deje propio del norte de la provincia de Cádiz y del sur de la provincia de Sevilla, que consiste en cecear, es decir, pronunciaba la *s* como *c* delante de una *e* o de una *i*.

—Charo, por favor, desearía que explicaras mejor lo de la “provisión del incesto”.

Charo lo volvió a explicar pacientemente, pero Francisco siguió sin entenderlo. El rato que pasamos los demás fue entretenido y el entuerto, al final, se deshizo. Charo, al sesear y acortar, hizo que “prohibición” sonara como “provisión” y que “incesto” sonara como “insesto”, lo que Francisco interpretó, respectivamente, como “provisión” y como “insecto”. Francisco, al cecear, pronunciaba “provisión” como “provisión” e “insecto” como “incecto”, lo que Charo interpretaba, respectivamente, como “prohibición” y como “incesto”. Así que, durante un tiempo, el tabú universal de la “prohibición del incesto” fue el tabú incomprensible y surrealista de la “provisión del insecto”. Trampas de las microestructuras fonéticas que a veces resultan divertidas y que, con voluntad y afecto, se pueden desenredar. Para nosotros, fue toda una lección: el diálogo puede ayudarnos, como diría Ludwig Wittgenstein, a salir de la botella.

Anécdotas divertidamente útiles aparte, como digo, Charo nos habló de Lévi-Strauss, nombre que, hasta ese momento, solo hasta ese momento, nos sonaba a pantalones. También nos habló de otros filósofos que por entonces no nos sonaban a nada, como, por ejemplo, de Guilles Deleuze, cuya obra *Nietzsche y la filosofía* nos hizo leer. Nos habló de Jacques Derrida. Y de Vincent Descombes. Y de Gianni Vattimo. Y de Louis Althusser. Y de Jean-François Lyotard. Sí, claro, por supuesto, también nos habló de Michel Foucault, cuyo nombre nos sonaba (pero solo hasta ese momento) a causa de León Foucault, de quien, todo sea dicho, tampoco sabíamos gran cosa.

Hay unanimidad cuando se afirma que Charo fue una de las introductoras de la obra y el pensamiento de Michel Foucault en España y, con toda seguridad, su introductora en Andalucía. La causa desencadenante de todo esto fue el sevillano Patricio Peñalver Simó, importante filósofo y profesor que dirigió, durante los años setenta y ochenta, las tesis doctorales de otros importantes y queridos profesores, como Teresa Bejarano Fernández, José Antonio Antón Pacheco, Gloria Santos Gómez, Luis Núñez Cubero o Ramón Queraltó Moreno. Patricio dirigió en 1978 la tesina de Charo, titulada *El método arqueológico de Michel Foucault y su repercusión en la tarea filosófica actual*. Hace ya casi

cincuenta años; llevábamos muy poco tiempo en democracia y las ideas en España comenzaban a bullir con la ilusión del futuro que ahora disfrutamos, gracias, entre otras personas, a Charo. Ocho años después, Patricio dirigió su tesis doctoral, *Estructuralismo y genealogía en la obra arqueológica de Michel Foucault*, que en parte dio lugar a su obra principal, el libro *Michel Foucault. Un arqueólogo del humanismo*, publicado por la Universidad de Sevilla en 1988, el año en el que Patricio Peñalver se jubiló. Un año después la conocí.

Cuando Charo defendió su tesina, hacía solo doce años que Foucault había dado a la imprenta *Las palabras y las cosas*, solo tres años de *Vigilar y castigar* y aún no se había publicado del todo su *Historia de la sexualidad*, pues el cuarto volumen, *El uso de los placeres y la inquietud de sí*, solo apareció, póstumamente, en 1984. Para una licenciada en Historia del Arte (disciplina que siempre amó y que le condujo, a través de “Las Meninas” de Velázquez, a *Las palabras y las cosas*), enfrentarse a un pensamiento filosófico absolutamente contemporáneo, rabiosamente novedoso, responsablemente transgresor y, *enfin et surtout*, solo disponible en francés, tuvo que ser una hazaña a la que yo, personalmente, concedo más mérito que a sus consecuencias, a saber, la introducción vanguardista de Foucault y el estructuralismo por esta tierra, donde solemos sesear y cecear.

Los hechos “objetivos” pertenecen a la fría historia de los acontecimientos que se registran, graban y quedan ahí, a disposición de quien quiera conocerlos. Uno de esos hechos es el que acabo de reseñar: la profesora Rosario García del Pozo fue una de las introductoras fundamentales del estructuralismo de Foucault en España. Pero durante un tiempo, y para ciertas personas, tienen más importancia las páginas subjetivas que se escriben en la arena evanescente de la memoria. Cuando, en octubre de 1989, conocí por primera vez a Charo como alumno (cosa que sigo siendo), ni yo ni mis compañeros sabíamos nada de Foucault. Desconocíamos absolutamente el hecho de que aún estaba en proceso, en Francia y más allá de Francia, la revolución estructuralista, de la que ella era emisaria. Nosotros entrábamos en liza, de una manera bastante homérica, *in medias res*. Estábamos ante los muros de Troya y no lo sabíamos porque con Charo era como si hablá-

ramos sentados en el ágora o paseando bajo la estoa, tomando conciencia de lo que estaba en marcha. Todo ello era una compleja y radical redefinición de los saberes occidentales, pero para nosotros fue, en realidad, un doméstico *locus amoenus* en el que una profesora nos educaba, es decir, nos orientaba en el más noble sentido de la palabra. Siempre recordaré con agradecimiento el hecho de que lo primero de que nos hablara al introducirnos a la filosofía y al estructuralismo fuera del *sapere aude* kantiano, adagio subyacente a todo el movimiento estructuralista en su esfuerzo por liberarnos a través de la palabra que se critica a sí misma.

Fui alumno de Charo en varias ocasiones y creo que, gracias a ella, he llegado a tener un buen conocimiento de la obra de Foucault. No obstante, si he de ser sincero, no estimo tanto a Charo por haberme presentado a Foucault cuanto a Foucault por haberme sido presentado por Charo. Mi evolución como investigador y como docente me ha llevado a ámbitos ajenos al estructuralismo, pero este forma parte de mi manera de afrontar el mundo. El estructuralismo no es para mí una corriente filosófica que se ha plasmado en una serie de textos canónicos dignos de unos análisis eruditos y minuciosos (cosa que, sin duda, es), sino una competencia personal adquirida que me permite ser consciente de las múltiples estructuras que me cruzan y, con ello, distanciarme de ellas y aceptarlas o rechazarlas, según me lo aconseje mi ética personal. El estructuralismo es para mí algo íntimamente vivido porque mi memoria lo vincula con Charo y, solo de manera mediata, con Foucault y los demás. Me resulta, además, algo amable, a pesar del uso beligerante que Charo, quien lo interpretaba como un arma arrojada de crítica y transformación, siempre quiso que hiciéramos de él.

Con Charo he podido convivir también como compañera y, en ocasiones, hemos colaborado en ediciones comunes, como el libro *Variaciones sobre el cuerpo*, de 1999, donde ella participó con “Sugerencias teóricas de una genealogía del cuerpo actual”. Por esa época fui su secretario en el Departamento de Estética e Historia de la Filosofía, que ella dirigía. Una época felizmente estresante, la de la defensa de mi tesis doctoral (tras la cual tuvo la deferencia de invitarme a comer en su casa de la avenida de Blas Infante y de regalarme

un monumental catálogo del museo de Bellas Artes de Sevilla) y mi oposición a titular de universidad. Durante esa época trabajé con ella de una manera estrecha, algo que hizo que me resultaran fructíferas (y soportables) incluso las banalidades cotidianas de la vida administrativa.

Sin embargo, de lo que más me precio es de que Charo me haya abierto las puertas de su amistad, ante lo cual el estructuralismo, Foucault, la historia de la filosofía o las banalidades cotidianas de la vida administrativa pasan a un segundo plano.

Mis recuerdos más personales e íntimos con Charo se ubican en Conil de la Frontera, bajo la luz y entre los pinares que tan bien cantó Joaquín Romero Murube en *Tierra y canción*. Fueron varias las comidas a pie de playa que, con permiso del padre levante, disfruté con ella (y con su esposo Paco y su hija Rosa) durante el *dolce far niente* del verano andaluz. Entonces, junto a los dones que producen la tierra y el mar gaditanos, charlábamos, por supuesto, sobre Foucault y sobre el estructuralismo, pero también sobre la vida y sobre nuestras aspiraciones personales, nuestros gustos y nuestros recuerdos. Uno de los recuerdos de Charo, en el que pienso con frecuencia durante una semana al año, versaba sobre la cantidad de torrijas que tenía que hacer cuando la gente iba durante la Semana Santa a su casa, sita en un hermoso edificio neobarroco de Vicente Traver y Tomás, en la sevillana avenida de la Constitución, epicentro de la Carrera Oficial. En ese momento, cada hermosa primavera, yo que, como todo rancio de libro, soy cofrade, lamento profundamente no haber tenido la ocasión de conocer a Charo algunos años antes.